

## No lo sé

**D**ice Fitzgerald que la prueba de una inteligencia de primer orden es la capacidad de tener dos ideas opuestas dentro de la cabeza y, a pesar de ello, poder seguir funcionando. Por ejemplo, continúa, uno debería ser capaz de darse cuenta

de que las cosas no tienen remedio y, aun así, estar resuelto a conseguir que sean de otra manera.

Sin embargo, convivir con nuestras contradicciones es agotador: esa negociación constante con uno mismo, con los demás, con el mundo. Ante una certeza, todo parece claro, obvio, inquestionable; en definitiva, tranquilizador. Y ahí entra en juego la centrifugación de las ideas, enemiga de la coexistencia pacífica de pensamientos que propugna Fitzgerald. Veamos cómo funciona.

Coges una idea manoseada y arrugada, la metes en la lavadora de la sociedad y empieza a dar vueltas, cada vez más deprisa. El viento de la vehemencia la empieza a despeinar y la empuja hacia el exterior. Tú querías que la idea se quedara flotando en el delicioso centro del sentido común, pero el aparato gira a mil doscientas revoluciones y la aplasta contra las paredes del dogma radical.

Entonces alguien pregunta (o dispara, porque esto de opinar se está convirtiendo ya en una guerra con demasiados frentes): Y tú, ¿qué opinas de las vacunas, de la educación en casa, del *Juego del calamar*? ¿Estás a favor o en contra de la lactancia, del colecho, del gluten, de la leche de vaca, del veganismo? ¿Y Carmen Mola, o no Mola? ¿A o B? A lo que te gustaría responder que sí-pero-no, que ni blanco ni negro, que tú lo que quieres es navegar no ya por el mar tópico de la gradación de grises, sino por un océano de posibilidades con matices

multicolor. Pero no. A la centrifugadora no le venegas con opiniones de colorines, que luego destiñen y se queda todo hecho un asco. Haz el favor de comportarte: ten una opinión rotunda, clara, inamovible, aunque de fondo oigas a los demás desgañándose desde tus antípodas ideológicas.

Tú sueñas con un mundo donde sólo haya programas para ropa delicada, con leves balanceos que no estropeen el tejido complejo de las ideas, porque las fuerzas centrífugas caricaturizan la realidad, vacían su centro y dejan los márgenes terroríficamente abarrotados. Es la puerilización total de los conceptos. *Barrio Sésamo* resultó ser un presagio de la vida mental moderna. ¿Arriba o abajo? Decidete de una vez.

Quizás haya que dejar de centrifugar las ideas, permitir que floten ingravidas en el agua, en líquido amniótico, que no deja de ser un pequeño mar para proteger el saco vitelino del pensamiento. Podríamos poner de moda las ideas empapadas y pasearnos con camisas de imprecisiones y pantalones de incertidumbres, con las mangas y las perneras chorreando dudas.

A más estupidez, menos vacilación. Y no, no definiendo un escepticismo cínico ni creo que sea necesario llegar a la duda metódica —total, aniquiladora, paralizante—, pero no entiendo cómo se pueden albergar certezas absolutas. Mis opiniones (y sospecho que las de muchos) fluctúan. A menudo no tengo suficiente información o criterio para poder construirme una opinión propia, y de las de los demás también dudo por sistema.

Dudo incluso de si esta apología de la duda es conveniente, de si no sería mejor actuar con convicción ciega, porque la convicción es la gasolina del éxito y una cualidad muy preciada en los tiempos que corren (que huyen, que escapan, que se tambalean: de ahí debe venir la necesidad de aferrarse a lo que sea).

No estar seguro de algo se interpreta como una señal de debilidad o de inteligencia limitada, cuando es justo lo contrario. Admiro mucho a quién es capaz de dudar sin avergonzarse. Decir “No lo tengo claro” se ha convertido en un gesto necesario y valiente de honestidad.

Vamos, así lo creo yo, pero del todo, lo que se dice del todo, no estoy segura. En cualquier caso, siempre puedo decir: “No lo sé”. Menuda temeridad. **■**

*Carlota Gurt es autora de Sola (Libros del Asteroide).*



CARLOTA GURT

*Escritora*